

# SEMILLAS DE AMAPOLAS

Sonia Oval

Ex umbra in solem

(Desde la sombra a la luz)

Para todos mis antepasados, que aún viven en mí.

## **Introducción**

En una tarde de 1871, cuando el calor se abatía sobre el bosque como un mal presagio de lava, y arrojada únicamente por las paredes solitarias de una casa tomada por los helechos, una campesina pujaba entre alaridos mientras se retorció como una sanguijuela. Había caído de rodillas en el suelo empedrado, y se arrastraba hasta apoyar su espalda contra la pata del catre. Apuntando la garganta hacia su pecho, arrojó un último bramido desprovisto de amparo con el que por fin consiguió arrancarse del vientre a la criatura que le causaba tanto padecimiento.

Ni un llanto se escuchó. Hasta el aire contuvo el aliento para no interrumpir los jadeos de la muchacha, convertida en un amasijo flojo que se desploma por un instante en una nada silenciosa, y que después, como si un leve soplo de savia la impulsara, recupera el resuello con la cabeza reclinada sobre un hombro. Sus ojos extenuados contemplaron el suelo manchado de la sangre y la placenta recién salida de sus entrañas descompuestas, con esa forma de árbol gelatinoso que abre sus ramas despobladas hacia una vida nueva, pero arraigada irremediabilmente a las raíces que van a atraparla para siempre. Era preciso limpiar todo ese pringue cuanto antes, pero no había manera de encontrar las fuerzas todavía.

Miró al bebé enroscado sobre las losas de piedra. Era una niña. Yacía sin moverse entre sus muslos abiertos, como un gusano inmundo, una mugre viscosa sujeta a su tripa aún por el cordón umbilical. Buscó con los ojos aturcidos hasta encontrar las tijeras que reposaban sobre la desgastada mesa de la cocina, en donde había estado sentada la noche anterior remendando el delantal. Volvió a arrastrarse con los rescoldos del poco arrojo que conservaba, sin mirar la masa inerte de la recién nacida que, impulsada por el cordón, era llevada a rastras por el pavimento rasposo que se iba manchando con una estela de grasa transparente. Cuando alcanzó el mueble, se incorporó con los codos tanteando los objetos de la mesa hasta dar con las tijeras afiladas; no le tembló el pulso cuando cortó esa sogá azulada y retorcida que aún la sujetaba a la larva muerta.

Tiró de la sábana, y a cuatro patas secó con ella el suelo pegajoso, la amontonó en un rincón junto con todos los restos del parto y puso a la niña quebradiza en lo alto de ese sucio montículo de trapo para verter todo más tarde por la ladera del barranco: las lluvias

arrastrarían el último vestigio de ese desafortunado imprevisto. Con un último esfuerzo trepó sobre la cama y se derramó vencida por la fatiga encima del macilento colchón. Sucumbió en un profundo sueño con imágenes que, lejos de repararle el cansancio, la llevaban a las tareas que le quedaban pendientes en la finca del señor cuya casa tenía a su cargo. Se agitaba con el recuerdo de la gran cantidad de papas que, desde hacía varios días, esperaba para ser recolectada, y con el tormento de la huerta de calabacines hinchados que se desarmaban y se pudrían entre el polvo de la tierra. La cabra aporreaba la puerta del corral con las ubres repletas, la mula relinchaba junto al aguacatero, y la joven parturienta se revolvía en la cama con una angustia sudorosa.

Un ligero graznido la despertó del sueño, poco a poco fue despegando los párpados y encañonó los ojos en las vigas del techo, asediadas por las telarañas pedían también el paso de un paño. Se le cerró la mirada de nuevo, sus brazos mareados rodaron por el colchón hasta balancearse en el aire con una danza siniestra. Tan solo necesitaba dormir unas horas más y pronto continuaría la faena. Sin embargo, un tenue balido volvió a sonar en la habitación, flojo como el de un cabritillo enfermo. Aguzó el oído despertando completamente de su desmayo, y escuchó el quejido otra vez. Haciendo acopio de valor asomó la cabeza fuera del camastro, y dirigiendo la vista fatigada hacia la sábana que había abandonado en el suelo, comprobó que el pequeño ronquido provenía del bebé, un susurro majadero que insistía en hacerse oír a pesar de estar teñido con la sombra negra de la muerte, y se tapó la cara con el brazo para no escuchar el gemido quisquilloso de esa condenada criatura que se obstinaba en vivir.

## **Primera parte**

Todo el mundo debería conocer su árbol genealógico.

La familia es nuestro cofre del tesoro  
o nuestra trampa mortal.

Alejandro Jodorowsky

## Capítulo 1

Cuando llegó al mundo la luz de una estrella se apagó. Unas garras furiosas jalaron de su cabeza y la embistieron en el suelo con una rabia despiadada que le torció una mano al caer, quedándole medio inútil para siempre. En el dorso de la otra mano, los pétalos

rojos de una amapola latían sobre su piel como si poseyeran un corazón propio. Permaneció en silencio durante un instante que le pareció eterno. Temía que algo espantoso se acercara y la golpeará otra vez, ni siquiera fue capaz de exhalar el aliento que se había guardado con empeño para evitar hacer ruido; pero un soplo gélido y distante que lo envolvía todo la hizo estremecer, no tardó en despertar el tormento de su mano dislocada, y fue entonces cuando se le escapó un minúsculo gemido que de nada le sirvió, porque nadie ponía remedio a su pena, hasta que la inundó una congoja profunda, y empezaron a escapársele las lágrimas como una torrentera, boqueando en el aire igual que un pez que se muere.

Irritada ante su insistente llanto, la madre, que la escuchaba desde la cama, se apoyó sobre los codos temblorosos lanzando un último resoplido al aire, y bajó al suelo las piernas, aún embadurnadas, para salir hasta la alberca y llenar un cubo. Regresó arrastrando los pies y baldeó agua por el suelo pegajoso, restregando de rodillas las lajas manchadas, queriendo olvidar así que de nuevo había parido. Cuando se dispuso a recoger las sábanas se plantó delante de la niña, que continuaba con un llanto estridente y con un reguero de hipos que se le escapaba de los labios lívidos. Aquel berreo agudo y penetrante la sacó de quicio, se acercó al oído de la criatura y con sequedad gritó lo más fuerte que pudo.

—¡Cállate!

Sorprendentemente, el bebé tuvo un espasmo, abrió sus brazos y piernas de golpe, y cerró la boca para atrapar el último sollozo. Viendo que la niña era pronta en el obedecer, se planteó no despeñarla por el cauce del barranco, quizá con el tiempo podría servirle de ayuda en las tediosas faenas diarias.

No tardó Goya en descubrir que en aquella casa ni se lloraba ni se podía hacer ruido. Lo fue aprendiendo poco a poco, cada vez que se le amorataba el rostro suplicando comida durante todo el día, atisbando alrededor con unos ojos de búho, a ver si había alguien cerca que la oyera, terminando finalmente por dormirse entre mocos y abandono. Era entonces cuando notaba que la recogían del desmayo y le daban de mamar en silencio, sin escuchar nunca el murmullo de alguna voz ni el tierno canturreo de un arrorró.

Cuando empezó a gatear comprendió perfectamente que debía guardar una mudez de espectro para evitar ser apaleada; aprendió también a esconder las lágrimas siempre, incluso cuando amenazaban con hacerse oír trepando desde el fondo de su estómago famélico, y encontró además la manera de silenciar el ardor de su piel en carne viva llagada por las heces, acumuladas en el paño durante días. Por eso creció calladita, adoptando una forma de caminar sigilosa, apenas una brisa de aire que recorría sin ser vista los rincones de la casa, la mirada apuntando al suelo, jamás hacia las estrellas.

Vivía fuera del mundo, en el interior de unas paredes de piedra volcánica ocultas dentro de un bosque de laurisilva cubierto de esponjosos helechos, cerca de un barranco y no muy lejos del valle, donde se esparcían los tejados colorados del humilde pueblo campesino de Tegueste, que trabajaba tierra ajena a cambio de miseria y de hambre. A lo lejos, imponente y lustroso, el mar. Solo tenía un amigo: el aguacatero gigante con ramas retorcidas por el peso de los frutos que se apoyaba en el tejado de la casa arañando las tejas, regalándole una sombra permanente y fresca en verano y una tibia penumbra llena de dulzura en invierno. Trepaba por sus ramas con la mano fuerte, la de la amapola, y se guarecía en su copa de la mirada llameante de la madre.

No conocía otro lugar que no fuera ese trozo de monte rodeado de pequeños acebiños, robustos barbusanos de hojas verrugosas y pequeños caracoles que se desperezaban tras las primeras lluvias, y no había visto jamás otra mirada que no fuera aquella acechadora de la madre, que se llenaba de un azufre infernal cada vez que, entorpecida por su mano de muñeca rota, no desempeñaba las tareas como se le ordenaba.

Cada cierto tiempo, la madre ataba la mula desvaída a una carreta cargada con dos quintales de papas lozanas, un costal de cebollas brillantes, un saco lleno de calabacines rollizos y algunos quesos suaves hechos con la poca leche que daba *Cocó*, la cabra, y se marchaba al pueblo para venderlos por los hogares campesinos o para cambiarlos por un puñado de café, unas libras de gofio y un azadón menos herrumbroso y algo más pequeño para que la niña no tardara tanto en preparar la tierra de la huerta. Solo una vez se atrevió Goya a preguntarle si podía acompañarla, aun arriesgándose a que la acorralara en la esquina de la cocina con la escoba, pero la única respuesta que obtuvo de la madre fue el jalón de la

mula y la mirada al frente mientras se alejaba caminando por el sendero hasta desaparecer por completo el traqueteo de la carreta. Supo, por costumbre, que si había un segundo intento la respuesta sería el palo de la escoba.

Una noche la luna llena reinaba en el cielo como un globo plateado, sus rayos atravesaban las ramas de los tilos y entraron por la ventana de la casa de piedra revolviendo el sueño de la madre, que se agitaba en el camastro, también perturbó su descanso la letanía fatídica del pájaro cochino que amenazaba con su canto posado en el tejado. Se levantó del camastro en plena madrugada temblando bajo la toquilla de punto, empuñó la escoba con la sangre helándole las venas, y salió al sereno del bosque para espantar al pájaro agorero. Pero resultó inútil su lucha, el ave maldita camuflaba sus plumas oscuras entre las tinieblas de la noche, y no se movió de las tejas a pesar de los escobazos ciegos que ella lanzaba al aire guiándose por el cantar lúgubre que anunciaba la llegada de una sombra.

A la mañana siguiente el invierno apareció en el bosque. Los helechos se llenaron de babosas y los alisos atravesaban las ramas de los naranjos salvajes acallando el canto de los mirlos que se refugiaron del frío en sus nidos. La madre cargó la carreta antes del amanecer y se marchó al pueblo alumbrando el camino con un candil, Goya aguardó en la casa, acompañada de su clausura perpetua. Después de desayunar una taza de leche con un poco de gofio de millo que aún quedaba en el tarro, se dirigió al corral para ordeñar a *Cocó* y recoger los huevos de las gallinas que aletearon contentas al ver entrar esas dulces manos, que sabían acariciar sus plumas, y no los bruscos ademanes de la madre enrabetada.

Ya dominaba el sol en lo alto del cielo cuando aún continuaba de rodillas fregando meticulosamente el suelo de la cocina, y escuchó a lo lejos el trote de un caballo que se acercaba con determinación. Aterrorizada se escondió debajo de la mesa, mientras percibía unas piernas decididas que desmontaban, el relincho de un caballo junto al aguacatero y unos pasos firmes que se dirigían a la casa. El puño de un vendaval abrió la puerta con un golpe seco, junto a las amenazadoras botas manchadas de barro cayó un descomunal petate de cuero, como un saco lleno de piedras.

— ¡Mujer! — bramó una voz grave y profunda.



Al no obtener respuesta se dirigió a la parte trasera, hacia el corral, gritando: “¡Mujer! Ella no se movía de su escondite, atenta al cloqueo espantado de las gallinas que se agitaban nerviosas ante la inesperada visita. Volvieron las botas azotando la tierra con sus pisadas bruscas y entraron en la cocina. Encogida como una cabrita asustada, Goya dejó de respirar con la esperanza de que ni el movimiento del aire pudiera delatarla; pero unas enormes zarpas la agarraron por los brazos y tiraron de ella hasta ponerla en pie. Vio a un gigante que la miraba con unos ojos verdes furibundos. Se cubría la extensa cabellera con un sombrero de piel. Tenía el semblante castigado por la aridez del sol y por el salitre del océano, una barba negra, descuidada y temible ocultaba el rastro de algunas cicatrices. Llevaba un calzón ancho y una camisa desteñida desde donde pendía una vaina con tres cuchillos. Se abrigaba del frío del bosque con un largo capote de monte, y su piel desprendía un aroma fuerte a tabaco mezclado con la brisa espumosa de las olas del mar.

— ¿Quién eres tú, chiquilla? —le preguntó sacudiéndola por el brazo para hacerla hablar.

Pero ella era incapaz de despegar los labios, y sus ojos se llenaron de unas lágrimas abundantes que corrieron por sus mejillas sonrosadas, pese a que delante de la madre había aprendido a no llorar nunca.

—No llores, que no te voy a hacer nada —le dijo irritado.

Pero no podía parar y continuaba con su desconsuelo. El hombre miró a su alrededor, sin esconder la molestia que le suponía haberse encontrado con aquella niña llorona.

— ¿Dónde está la mujer que trabaja aquí? ¡Responde! —no fue delicado cuando la agitó por los hombros.

—Madre fue al pueblo —consiguió contestarle entre hipos y sollozos.

— ¿Madre? —la miró de arriba abajo—. Vaya, vaya, ¡Por las barbas de Neptuno que si no lo veo, no lo creo! ¡Qué diablos! Cuatro manos mejor que dos para llevar esta casa.

La niña se encogió de hombros, limpiándose los mocos con la manita enroscada.

— Ponme algo de comer. Esperaré aquí hasta que venga tu madre, y trátame bien, que soy el dueño de esta casa.

Se sentó en una de las sillas de la cocina, lanzó el capote sobre la alacena, que quedó colgando en la punta del mueble de forma fantasmal y puso las botas sobre la mesa,

haciéndola crujir bajo su peso. La niña cortó un poco de queso de cabra y partió un trozo de pan. Se lo acercó agarrando muy bien el plato con la mano buena. Él sacó una pipa del bolsillo sin prestarle atención, había hecho un largo recorrido desde el mar Caribe hasta esa casa y no tenía la menor gana de andar trasteando con una mocosa raquítica. Mientras apretaba el tabaco en la cazoleta de su pipa, perdía el pensamiento en el imponente galeón negro que esperaba atracado en el muelle de Santa Cruz, donde se arreglaban las velas viejas y se embarcaban las piezas de lona nueva, las maromas para jarcias y provisiones suficientes para todos los marineros. Confiaba en que sus hombres anduvieran prestos en las bodegas, llenando los barriles de buen vino de vidueño y malvasía provenientes de Geneto y de Tegueste, y de aguardientes obtenidos de las mejores destilerías de hacendados tinerfeños.

La mocosa parecía saber manejarse con soltura a pesar de tener una mano medio muerta. Encendía con habilidad el fogón para calentar agua y guisar unas papas recién sacadas del huerto, cuando estuvieron tiernas las partió, procurando que el tenedor tembloroso no chasqueara contra el plato, y se las ofreció evitando su mirada feroz. Él se sorprendió ante la comida que le sirvieron: no había visto en todos sus viajes unas papas tan grandes como aquellas, tersas, esponjosas y dulces que se deshacían en la boca como un bizcocho.

—Tráeme algo de vino, está dentro de una garrafa en la despensa. Y reza para que nadie se lo haya bebido o tendrás que pagar tú las consecuencias — le advirtió pensando que los viejos cabos de cáñamo pronto debían ser cambiados, y que no podía demorar ni un día más la puesta a punto de los brazos del cabestrante.

La niña se escabulló hasta la garrafa y tiró de ella para acercársela, pero pesaba demasiado y fue incapaz de moverla de su sitio. Lo intentó hasta notar que le crujieron todos los huesos de la espada y, como vio que no era posible complacer los deseos de aquel hombre con mirada de tiburón, pensó que no tardaría en coger uno de sus cuchillos y matarla. Permaneció inmóvil junto a la despensa, y con ojos sumisos esperó la implacable puñalada. Él la observó en silencio con la pipa entre los dientes, ¡pero qué chiquilla tan enclenque!, era igual que una larva atrofiada. Asestó un puñetazo en la mesa, haciendo repiquetear el plato contra la madera, y se levantó del asiento resoplando. Una sola zancada bastó para plantarse

junto a ella como un dragón a punto de echarle una certera llamarada que la calcinara. Con un dedo levantó la garrafa de vino y la dejó caer sobre la mesa, torciendo una de sus patas. Llenó una jarra sin medida, derramando el líquido, se sirvió un vaso y bebió de un solo trago el contenido, luego lo volvió a llenar y volvió a beber mientras comía con gran apetito.

— ¿No hay otra cosa para comer en esta casa? — se limpió la boca con el dorso de la mano.

— No, señor. Madre regresará del pueblo y quizá traiga algo de harina y arroz. Se nos ha acabado — alcanzó a murmurar apenas asomando la nariz desde la despensa.

— El vino no se ha acabado, gracias al cielo — clamó alzando el vaso y bebiendo de nuevo — ¡Ven aquí! No te escondas ahí dentro, ya te dije que no voy a hacerte nada, renacuajo. ¡Vamos! Aprende a servir, lléname el vaso de vino.

Goya obedeció acercando sus pies descalzos a la montaña que se repantigaba en la silla, volvió a llenarle el vaso para intentar complacerlo y apaciguar su furia. Pero entonces, él miró la jarra que la niña sujetaba con la mano buena, la de la amapola, y en sus ojos se reflejó un asombro absolutamente desprovisto de doblez. Se abalanzó sobre ella, y de un zarpazo le sujetó la mano. La niña no gritó, solo escondió la cabeza dentro de los hombros y arrugó la cara, esperando el ataque. Pero el gigante lo que hacía era examinar con detenimiento sus castigadas manos campesinas.

— Mírame, chiquilla.

Goya levantó la cabeza despacio para encontrarse con unos tiernos ojos verdes que se clavaban en ella cargados de expectación, no comprendía por qué ese cambio en su semblante brusco, el ceño marcado de su frente se suavizaba poco a poco, levantaba las cejas abriendo las pupilas como dos grandes ventanales que se asoman a un prado, y su barbilla puntiaguda comenzó a temblar bajo la espesa barba. Ensimismado, acariciaba la amapola con el pulgar, observándola con detenimiento, como si hubiera encontrado de pronto un diamante negro.

Apoyó la espalda en la silla de madera y la examinó con ojos de halcón.

— ¿Cómo te llamas?

— Goya — deslizó la mirada al suelo.

— ¿Y cuántos años tienes? —le sujetó la barbilla para que levantara poco a poco la cabeza.

Volvió a atormentarla el pánico pensando que el hombre bárbaro se iba a enfadar si no respondía a la pregunta. No lo sabía, y sus labios empezaron otra vez a moverse con un tembleque desmandado.

—Debes tener unos siete años, si mis cálculos no fallan —acercó la garra de león a sus pómulos salientes.

Permaneció inmóvil a su lado, esperando una implacable bofetada idéntica a las que le asestaba a menudo la madre; sin embargo, los dedos del gigante se posaron en la piel delicada de su mejilla, y la acarició con sumo cuidado, poco acostumbrado a modales mansos. La piedra que a Goya le oprimía el pecho se fue ablandando lentamente, y empezó a comprender que los ojos de trueno que habían entrado en la casa como un temporal imperioso, ya no iban a ser capaces de mirarla sino con ese brillo húmedo preñado de ternura que lo despojaba completamente de toda la fiereza labrada en mil tempestades.

Ese destello se le escapó de los ojos con una gota solitaria y se deslizó despacio por los pliegues y las cicatrices de su piel hasta perderse en los rizos de la barba. Parpadeó para detener una lágrima rebelde que insistía en arrebatarse su indomable bravura, y aferró sus manos a la cintura de la niña para levantarla del suelo como un simple pollito del corral y sentarla sobre sus rodillas. Ella aspiró el olor a tabaco que manaba de su cuerpo, el calor de hombre y el aroma del salitre.

—Esa mano muerta no te va a servir de mucho —le dijo desviando la mirada hacia la mano de trapo —, pero con esta... con esta puedes lograr algo inmenso, dime, ¿qué sabes hacer?

Embriagada por la calidez que brotaba de la piel del gigante, y por el roce de esos dedos ásperos que no cesaban de tocar la amapola escarlata, a Goya se le fue aflojando el miedo poco a poco, y sin darse cuenta acabó apoyando la cabeza en el pecho férreo de donde continuaba emergiendo la brisa del mar.

—Sé subirme al aguacatero, se fregar la cocina, hago de comer, ordeño a *Cocó*, recojo los huevos de las gallinas y cuido del huerto.

Él negó con la cabeza.

—Algo más, me refiero a algo grandioso —su mano se movió con una floritura en el aire.

—No sé nada más —y qué le importaba, mientras pudiera continuar arrimada a su camisa.

De nuevo apareció la arruga en su entrecejo, como una zanja profunda que se abre en la frente de un demonio.

—¡Eso ya lo veremos! —tronaron las paredes.

La bajó al suelo y se puso en pie, de una patada escondió el petate debajo del camastro y lanzó la vaina de cuchillos a un rincón, sin desprenderse de las botas se echó sobre el colchón, tapó su decepción con el sombrero y en un santiamén quedó profundamente dormido con una respiración intensa como la de un búfalo abatido.